



LA GRACIA DE DIOS

L. R. SHELTON, JR. (1923-2003)

LA GRACIA DE DIOS

Contenido

1. La gracia: Cómo Dios trata con su pueblo	3
2. El poder de la gracia de Dios	6
3. La gracia de Dios trabaja en las vidas de los pecadores.....	10
4. La gracia de Dios viene a nosotros en el Señor Jesucristo.....	13
5. La gracia de Dios consumado en nuestra glorificación con Cristo.....	16

© Copyright 1996 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera Antigua. Reina Valera 1960 también ha sido citada, indicada por las siglas “RVR 1960” después de cada cita.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *God’s Grace*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org/spanish.

LA GRACIA DE DIOS

1. La gracia: Cómo Dios trata con su pueblo

El Señor ha puesto en mi corazón esta serie de mensajes acerca de *la gracia de Dios*. Mi deseo de predicar sobre este tema es abrir —por la guianza del Espíritu Santo— esta gloriosa verdad que llena tanto las páginas de la santa palabra de Dios; ¡porque la gracia es el tema de la Biblia!

El hecho de que Dios tratara con su pueblo por la gracia es una de las cosas más maravillosas de que se hablan en la Santa Biblia. Porque cuando nos damos cuenta completamente de lo que somos por naturaleza y como aparecemos a los ojos de Dios como cosas inmundas y pecadores impíos; y cuando nos damos cuenta de nuestro merecimiento de la ira de Dios, entonces nos llenan alabanzas de que la gracia de Dios reine por la justicia para vida eterna por Jesucristo Señor nuestro (Rm. 5:21). Así que, para nosotros que sabemos que somos pecadores, la gracia es la palabra más preciosa y graciosa en nuestro idioma; es la palabra más apropiada para nuestra necesidad. ¿Por qué? Porque esta palabra describe la manera por la cual el Señor trata con su pueblo, quienes son pecadores; por su Espíritu nuestro Dios soberano trata a nosotros por medio de la gracia, por la gracia, y en gracia.

En esta palabra “gracia” vemos el corazón de Dios revelado como en ninguna otra manera; vemos el amor de Dios, su misericordia y bondad obrando cuando Él nos salva; porque es completamente por su gracia que somos salvos, y por ningún otro medio (Ef. 2:8). En esta palabra “gracia” vemos la fuente de la cual emana todo lo que Dios nos ofrece en Cristo, porque abarca todos los medios por los cuales Dios trata con su querido pueblo.

¿No ves mi querido amigo? que la gracia divina es el favor soberano y merito especial de Dios ejercitado en el otorgamiento de bendiciones hacia aquellos que no tienen méritos en sí y a los cuales no se les exige ninguna retribución. Pero ¡eso no es todo! ¡La gracia es el favor de Dios hacia aquellos que claramente merecen la ira y el castigo de Dios! La gracia no puede ser comprada ni ganada por el ser humano, porque si fuera así, no sería gracia. Pero, de hecho, no es buscada por, ni parece atractiva a aquellos que la reciben. Así que cuando decimos que algo es por gracia, queremos decir que el que la recibe no la poseía, ni la merecía sino que se la dió como algo de pura caridad, ni siquiera la pidió, ni la deseaba al principio. Porque por medio de su gracia —su mérito soberano— Dios atrae al pecador y lo hace dispuesto en el día de su poder (Sal. 110:3). Otra vez vemos que la gracia es la fuente de la cual emana todo lo que Dios nos ofrece en Cristo (2 Co. 8:9).

¡Escucha la palabra inspirada, intacta y eterna de Dios mientras establecemos esta verdad! La gracia que nos dió en Cristo Jesús antes de la fundación del mundo se llama *la*

elección de gracia en Romanos 11:5-6. ¡Lée este pasaje tan precioso! “Así también, aun en este tiempo han quedado reliquias por la elección de gracia. Y si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por las obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra.”

Así que, puesto que le agradó a Dios mostrar esta gracia a su pueblo antes de la fundación del mundo, vemos que la salvación en Cristo es del todo, por la gracia y que en ninguna manera puede ser por los méritos de uno. También en 2 Timoteo 1:9 vemos el corazón de Dios derramándose con gracia sobre los pecadores antes de que el mundo existiera: “Que nos salvó y llamó con vocación santa, no conforme a nuestras obras, mas según el intento suyo y gracia, la cual nos es dado en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos.” Y entonces la vemos derramada sobre ellos a tiempo en el versículo 10 de 2 Timoteo 1: “Mas [la gracia de Dios] ahora es manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte [para los pobres pecadores], y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.” Sí, porque la gracia que nos fue otorgada antes de que el mundo existiera, se llama la elección de la gracia.

Entonces, vemos la gracia de Dios derramada sobre los pecadores (merecedores del castigo de Dios) en el llamamiento eficaz de ellos en Cristo con ese llamamiento irresistible de gracia. El hermano Pablo presenta esto en Gálatas 1:15-16: “Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí” (RVR 1960). Sí, este santo llamamiento (2 Ti. 1:9) de los pobres pecadores a Cristo es un llamamiento de gracia, sin el cual, ningún hombre vendría a Cristo para ser salvo, porque todos están muertos en sus delitos y pecados (Ef. 2:1-3). Nuestro bendito Señor dijo esto en Juan 5:25: “De cierto, de cierto os digo: Vendrá hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: [el llamamiento de gracia por el Espíritu] y los que oyeren vivirán.” Así como Él llamó a Lázaro, “Ven fuera” (Jn. 11:43), así llama por medio de su Espíritu, a cada pecador que Él salva con ese llamamiento eficaz de la gracia para que venga a Cristo. ¡Esta es la experiencia de cada uno que Él salva! (Hch. 2:39, Rm. 8:30).

Más adelante, en Romanos 3:24, encontramos que nuestra justificación en Cristo, por causa de su justicia imputada, nos llega gratuitamente por su gracia. La justicia de Dios que es por la fe en Cristo Jesús, nos ha traído a los atrios de los cielos, y hemos sido “justificados gratuitamente por su gracia por la redención que es en Cristo Jesús.” O como nos dice en Romanos 4:4-5: “Empero al que obra, no se le cuenta el salario por merced, sino por deuda. Mas al que no obra, pero cree en aquél que justifica al impío, la fe le es contada por justicia.” Sí, todo por la gracia y nada por los méritos es la única manera por la cual Dios justifica a los pobres pecadores arrepentidos que creen en Cristo.

La misma fe por la cual nos asimos de Cristo como nuestra salvación completa, es *por la gracia* como leemos en Hechos 18:27: ellos creyeron por la gracia. Y en Efesios 2:8-9 vemos que la fe es un don; en realidad, ¡es el don más grande que nos fue dado! “Porque *por gracia* sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe.”

También, encontramos en Efesios 1:7 que la gracia de Dios se derrama sobre nosotros en la bendición del *perdón de todos nuestros pecados*: “En el cual [Cristo] tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia.” ¡Qué gracia es

esta, que nos llega desde el Dios de toda gracia por medio de nuestro Señor Jesucristo! ¡Piénsalo! Por la gracia de Dios —su favor inmerecido para con nosotros— Él perdona gratuitamente al pecador más vil e impío que llegue a Él por medio de Jesucristo. ¿No ves, mi querido amigo? que cuando tú te quites las armas de rebelión e izes la bandera blanca de sumisión con un corazón sinceramente arrepentido del pecado, entonces Dios puede perdonarte y te perdonará los pecados según las riquezas de su gracia por causa de la obra redentora de Cristo en el Calvario. A propósito, en Isaías 1:18 nos dice que Dios invita a los pecadores por su gracia. Escucha mientras habla: “Venid luego, dirá Jehová, y estemos á cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos: si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” ¡Qué gracia! ¡Dios dice que en la gracia perdonará todos los pecados cuando llegamos a Él con arrepentimiento y confesión por causa de Cristo! (1 Jn. 1:9; Pr. 28:13). ¿No vemos aquí el corazón de Dios revelado para con nosotros por su bondad, amor y misericordia?

Otra verdad bendita que resalta de la gracia de Dios que se derrama sobre nosotros en Cristo, es que Jesús por la gracia de Dios, “gustase la muerte por todos” (He. 2:9); se manifestó vida para nosotros —una vida de resurrección! Escucha lo que dice en Gálatas 2:20: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí.” Ahora Él vive en todos los que fueron comprados con su sangre; ¡Él es nuestra vida! (Col. 3:4). Y para mí, esto es lo sublime de la gracia: saber que por causa de la muerte y la resurrección de Cristo, Él vive ahora en su pueblo, y que el viejo hombre ha sido crucificado con Él. Romanos 6:4-6 expresa esto con estas palabras: “Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente en él a la semejanza de su muerte, así también lo seremos a la de su resurrección: sabiendo esto, que nuestro viejo hombre juntamente fue crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, a fin de que no sirvamos más al pecado.”

¿Qué quiere decir aquí con el viejo hombre? Sabemos que no es la carne, porque tenemos que luchar con ella cada día. Sabemos que no es nuestra vieja naturaleza, porque esa no ha sido eliminada; debe de ser retenido en el lugar de la muerte por la gracia de Dios y por su Espíritu para que sobrevivamos. ¿Qué es el viejo hombre entonces? El *viejo hombre* es lo que éramos como incrédulos antes de que Cristo entrara en nuestras vidas. Nos describe como alejados de Cristo, sin perdón, alienados y completamente esclavizados por el pecado que reina en nuestras naturalezas depravadas. Pero ahora, alabado sea el Señor, cada uno que está en Cristo es un *hombre nuevo*. Se ha vestido de Cristo (Rm. 13:14) y anda libre en su Espíritu, librado del dominio del pecado porque sus pecados han sido borrados como una nube espesa, perdonados, alejados de la vista de Dios (Rm. 8:24). ¡Para mí, esto es gracia!

En esto, veo como lo oruga se transforma en una mariposa, la acción de la metamorfosis: de la oruga a la mariposa, del pecador al santo, de la muerte a la vida, del infierno al cielo. ¿Ves? es la implantación de un nuevo corazón (que en las escrituras significa emociones), la entrega de una nueva naturaleza; es el proceso de la muerte de lo viejo y el co-

mienzo de lo nuevo, como dice en 2 Corintios 5:17: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

Esto es lo que hace Dios por su gracia: Él da la vida eterna al pecador (la oruga) para ser un santo (una mariposa); ¡Él le da una nueva vida! Por lo tanto, a los ojos de Dios, ¡el viejo ya no existe! ¿Por qué? Porque el viejo ser fue crucificado en Cristo y ahora el nuevo vive porque Cristo vive en nuestro espíritu por medio de su Espíritu (Rm. 8:9, 11); y ¡el que está unido con el Señor es un espíritu con Él! (1 Co. 6:17). Dios ya no ve la oruga que fui; ¡Él ve a Cristo quien es mi vida! Esto no quiere decir que no tengo problemas con la vieja naturaleza y el cuerpo carnal, pero sí significa que por la gracia de Dios, donde “el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna por Jesucristo Señor nuestro” (Rm. 5:21). Y nosotros que estábamos bajo la condenación, ahora podemos llegar a un *trono de gracia* (He. 4:16); venimos porque hemos llegado a conocer a Aquel que se sienta en ese trono, a quien es el Dios de toda gracia; ¡así que la gracia reina en nuestros corazones y vidas!

En breve, ¡esta gracia de Dios es el amor de Dios en acción! ¡Es el favor inmerecido de Dios mostrado al pecador quien merece el castigo de Dios! Por el hecho de que es por gracia, todo mérito u obra de cualquier índole se omiten en cuanto a la salvación de un alma y sólo Dios recibe todo el honor y alabanza.

*Oh, si no fuera por esa gracia gratuita y soberana,
Estaría yo viviendo alejado de Dios,
Hasta el lago de fuego destinado,
Para ser mi morada final.*

*Pero yo, asombrado, vi su mano
Que me detuvo en mi carrera;
Por un milagro de gracia estoy;
El Señor me enseñó a temer.*

*Temer su nombre, confiar en su gracia,
Hacer su voluntad es mi anhelo;
Hasta contemplarlo cara a cara,
A Aquel, mi gozo; Aquel, mi cielo.*

2. El poder de la gracia de Dios

La semana pasada en nuestra serie nueva sobre *la gracia de Dios*, después de haber definido la gracia, consideramos como la gracia de Dios se derrama sobre nosotros por medio de Cristo en la elección de la gracia, el llamamiento eficaz de la gracia, y el perdón de los

pecados por la gracia por medio de su sangre vertida. Entonces vimos su gracia maravillosa en esa unión vivificadora con Cristo en la crucifixión y la resurrección.

Hoy deseamos continuar con estos mensajes acerca de la gracia de Dios por considerar *el poder de la gracia*. ¿Cómo se manifiesta en la liberación y salvación de un alma perdida quien está bajo el reino y dominio del pecado? Romanos 5:20-21 nos dice: “mas cuando el pecado abundó, sobreabundo la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (RVR 1960). Aquí vemos que la gracia de Dios tiene que ser poderosa para abundar sobre el pecado; es poderosa porque es soberana, reinando donde el pecado y la muerte antes reinaban en el corazón del pecador.

Cuando vemos lo que la gracia tiene que vencer para salvar a los pecadores, podemos empezar a entender cuán poderosa debe de ser la gracia. ¿Qué es lo que tiene que vencer el poder de la gracia? Debe de vencer a nuestra muerte espiritual. Efesios 2:1 dice: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (RVR 1960). ¿Ves, mi querido amigo? por naturaleza todos estamos muertos espiritualmente; esa es la condición de toda la raza humana separada de la gracia de Dios en Cristo Jesús. Todos nosotros nos hemos muerto en Adán (Rm. 5:12-19). Así que nacemos en este mundo muertos espiritualmente, ¡sin ni una chispa de vida espiritual! Lo que significa esto, es que estamos muertos a los afanes de nuestra propia alma; y estamos muertos en lo que se refiere a la vida para con Dios y a las cosas espirituales, porque no nos interesan de ninguna manera. Y esa es la condición de la gran mayoría de la gente en el mundo hoy día, dentro y fuera de la denominada religión. No hacen caso a las cosas de Dios, y las descartan si se mencionan. Aunque son religiosos, ¡están muertos espiritualmente! No tienen ninguna comprensión ni entendimiento espiritual, ni tienen ningún concepto de las cosas de Cristo. Así que la gracia tiene que vencer este estado de muerte; ¡y nada más que el poder de la gracia de Dios en Cristo Jesús puede efectuarlo!

Segundo, la gracia tiene que vencer *el estado de antagonismo* hacia la verdad y hacia Dios, (el cual es el estado trágico del hombre natural) de todos los pecadores fuera de Cristo. Además de no responder a la verdad espiritual, la odia, la evita, y se opone a ella. En Romanos 8:7 leemos: “Por cuanto la intención de la carne [la mente natural del hombre] es enemistad contra Dios.” Así que no es tanto que el hombre por su naturaleza está muerto y no responde a la verdad: sino que también es *un enemigo*, hostil para con Dios; su mente y su corazón “no se sujetan á la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Rm. 8:7).

Otra vez en 1 Corintios 2:14 se nos dice: “Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios.” ¿Y por qué? “porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente.” Él se ríe de las cosas del Espíritu de Dios; no las recibe porque son locura, tonterías y basura para él. No es sólo que no puede recibirlas; sino que se opone activa y amargamente a ellas; las rechaza del todo. ¡Esta es la verdad bíblica de la condición terrible y horrorosa del hombre natural! ¿Cómo va a ser salvo este hombre cuando está en esta condición? Sólo hay una respuesta: *es por el poder de la gracia de Dios*. Es porque el poder del reino de la gracia es por mucho, mucho más grande que el poder del reino del pecado.

Tercero, el poder de la gracia de Dios tiene que vencer a *Satanás*. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires” (Ef. 6:12). ¿Comprendes esto? mi amigo, Satanás no quiere perder a sus ciudadanos, sus esclavos. Él es el hombre fuerte de Lucas 11:21, armado, quien guarda sus bienes en paz. Los cautiva a su antojo (2 Ti. 2:26), cuidando y rodeándolos con grandes fortalezas; por lo tanto tienen que ser librados del “potestad de Satanás” (Hch. 26:18). Entonces, ¿cómo puede ser redimido alguien? Nada más que el poder de la gracia de Dios puede hacerlo, como lo dicen claramente las escrituras, y ¡yo le alabo al Señor de que la gracia sea tan poderosa!

¡Sigamos adelante! Para que la gracia efectúe esto, tiene que ser poderosa e irresistible. Porque si la gracia no fuera irresistible, nadie jamás sería salvo. ¿Entiendes? La gracia no solamente nos ayuda y nos auxilia, sino también reina donde antes reinaba el pecado. ¡No acepta una respuesta negativa! Por el poder del Espíritu Santo, la voluntad antagónica del pecador muerto ha sido derrotada y lo hace dispuesto en el día del poder de Dios. Y, siendo vencido por la gracia en el poder del Espíritu Santo, ese pecador clama como el apóstol Pablo en 1 Corintios 15:10: “Empero por la gracia de Dios soy lo que soy: y su gracia no ha sido en vano para conmigo.”

Querido amigo, si la gracia sólo nos presentara el amor de Dios en Cristo como el camino de salvación y reconciliación para con Dios, y entonces nos dejara la decisión final a nosotros para decidir si íbamos a aprovecharlo, estaríamos en una condición peor que antes. ¿Por qué? Porque por estar muertos espiritualmente, nunca responderíamos a las demandas del evangelio. Sin la gracia irresistible de Dios, la cual no sólo nos lleva a la salvación (Tit. 2:11), sino que también nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos e impíos, y a vivir sobriamente con justicia y santidad en este siglo malo (Tit. 2:12), o de otra manera moriríamos e iríamos al lago de fuego. En otras palabras, si Dios no actuara por su gracia y nos hiciera dispuestos en el día de su poder, ¡nunca seríamos salvos!

Veámos ahora como esta gracia irresistible de Dios en Cristo Jesús obra. Primero, *nos busca*. En Lucas 19:10 nos dice que “el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” Así que la gracia irresistible de Dios por el Espíritu Santo nos busca a nosotros. En Juan 10:3 nos dice que Cristo, por medio de su Espíritu, obrando por medio de esta gracia irresistible y reinante, “a sus ovejas llama por nombre, y las saca.” En los versículos 27-28 Él dice, “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen; y yo les doy vida eterna y no perecerán para siempre.” Sí, si la gracia no nos buscara y nos encontrara en nuestro estado perdido, nunca seríamos salvos.

Segundo, la gracia por el poder del Espíritu Santo nos da *la convicción de nuestros pecados*; y ¡qué potencia se requiere para convencer al hombre carnal de su pecado! Alguien puede decir que es fácil convencer a un borracho, drogadicto, o fornicario de su pecado. ¿Será la verdad? Bueno, pruébalo tú mismo, y verás que él se defiende y busca excusas por sus pecados con explicaciones fáciles. Pero, eso no es todo. ¿Qué sucede cuando te encuentras con un fariseo tal como Saulo de Tarso? ¿Qué hay que pueda convencer a tal hombre de su propio pecado? Nuevamente vemos que sólo hay un poder capaz de hacer tal cosa; es el poder de Dios que puede causar que uno se arrodille y clame, “Señor, ¿qué quieres que

haga?” (Hch. 9:6). No ves que sólo la gracia irresistible de Dios que reina por medio de la justicia puede convencer a un hombre de sus pecados para que él, desesperado por sí mismo para siempre, clame a Dios por su misericordia, y repose solamente en la justicia de Cristo y su sangre preciosa para limpiarlo y vestirlo.

Tercero, la gracia reina y se muestra poderosa en cuanto a *la regeneración*. El hombre es tan incapaz de nacer de nuevo o regenerarse a sí mismo como sería para reproducirse en el vientre de su madre. Amigo querido, el hombre no nace de nuevo porque cree; ¡él cree porque ha nacido de nuevo! Esto se ve claramente en Juan 1:12-13: “Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre: Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios.” Esto sucede por medio de la gracia de Dios en el poder del mismo Espíritu Santo que resucitó de la tumba a nuestro bendito Señor Jesús (Jn. 3:3-8; Ef. 1:20; 1 P. 1:23).

Cuarto, la gracia reina y se muestra poderosa en su poder para *detener*. ¡Alabado sea Dios por ese poder para detener! ¿Ves? El poder de detener que ejerce la gracia se manifiesta en el pueblo de Dios aún antes de su conversión. No se les permite pecar al punto de estar fuera de la esfera de la salvación; nunca se les permite blasfemar el Espíritu Santo. Puede ser que digan muchas cosas en su contra que no deben de decir; pero nunca se les permite blasfemar. Y el poder del Espíritu para detener es necesario aún en la vida del Cristiano, el hijo de Dios, rodeado por la tentación, y tentado a menudo en su corazón. Oh ¡cómo le doy gracias a Dios por este poder de la gracia para detener, esa gracia que nos detiene! ¡La gracia que no nos permite hacer cosas que nos harían daño y dañar nuestras almas inmortales! Somos “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1 P. 1:5 RVR 1960).

Quinto, la gracia reina y se muestra poderosa en *nuestra santificación*. ¿Ves? que en la salvación somos salvos tanto de la penalidad del pecado (la segunda muerte), como del *poder del pecado*. Y un día seremos salvos de *la presencia del pecado*. Pero ahora estamos siendo salvos de *la contaminación del pecado* por el poder de la gracia santificadora. Aquí vemos que el poder de Dios se manifiesta diario, en contra del pecado interior (carnal y físico). ¡Gracias a Dios por el poder de la gracia santificadora en nuestras vidas, que reina sobre el poder del pecado interior, y nos libra diario de sus contaminaciones! (Rm. 6:14; 8:4).

Sexto, la gracia reina y se muestra poderosa en *la gracia que nos sostiene*, la cual se necesita constantemente. Porque, ¿qué nos puede sostener cuando nos azoten las fuerzas del pecado, la carne, el mundo y Satanás? Estás nos amenazan y nos atacan constantemente, así que, ¿cómo podremos vencerles? En Santiago 4:6 nos dice que: “Mas él da mayor gracia”; y en 2 Corintios 12:9, “Bástate mi gracia.”

Séptimo, la gracia reina y se muestra poderosa *en su efecto capacitador y perseverador*. Aquí nuevamente hay algo que necesitamos constantemente. Hemos visto como fuimos librados de la esclavitud del pecado y un antagonismo hacia Dios y su Cristo, y somos librados de la segunda muerte en el lago de fuego. Hemos visto como somos restaurados, santificados y sostenidos. Pero, ¿cómo continuaremos con nuestra peregrinación? ¿Cómo

nos sostendremos en la lucha cristiana y la batalla de la fe? ¡La respuesta sigue siendo la misma! Es sólo por el poder de la gracia reinante que hace posible y garantiza la perseverancia final de los santos. Filipenses 1:6 nos dice como: “que él que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.” Esto quiere decir que lo que la gracia comienza, *lo lleva a acabo*. ¡Así obra la gracia en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo de tal manera que podamos perseverar hasta el fin! (Jud. 20).

3. La gracia de Dios trabaja en las vidas de los pecadores

Al continuar con nuestra presente serie de mensajes sobre *la gracia de Dios*, sigo asombrado de que Dios tratara a su pueblo por medio de la gracia. Para darnos cuenta cabalmente de lo que somos por naturaleza y como aparecemos en los ojos de Dios como pecadores inmundos e impíos y de nuestro merecimiento de la ira de Dios, no podemos hacer nada más que sentir gozo por el hecho de que la gracia de Dios reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro (Rm. 5:21).

Déjame recordarles de que esta gracia increíble, distinguida y sin igual que se derrama sobre los impíos como tú y yo, merecedores de la ira y el castigo de Dios, es el favor soberano y salvador de Dios ejercitado en otorgarles las bendiciones sobre aquellos que no tienen ningún mérito en sí mismos y por las cuales no se demanda ninguna recompensa. Es pura caridad, otorgada gratuitamente a nosotros, la cual ni deseamos ni pedimos. Pero si esta bendita salvación eterna y bondadosa fuera alcanzada por alguna otra manera que no fuera por gracia, entonces yo nunca hubiera sido salvo, porque no soy nada más que un pecador merecedor del infierno.

Ahora, veamos como la gracia de Dios obra en las vidas de los pobres pecadores como nos dice en la palabra de Dios. Espero que por medio de esta palabra, muchos oyentes y lectores de ella sean capacitados por el Espíritu Santo para saber que Cristo recibe a los pecadores, y decir: “*aun a mí*, con todos mis pecados.”

Quiero dirigirte la atención a estas palabras escritas acerca de los creyentes que estaban en la iglesia en Corinto. Escucha a 1 Corintios 6:11: “Y esto erais algunos: mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.” ¿Y qué eran ellos? Los versículos 9-10 nos dice: Algunos eran “fornicarios,... idólatras,... adúlteros,... afeminados,... los que se echan con varones,... ladrones,... avaros,... borrachos,... maldicientes... [y] robadores.” ¡Qué lista de pecados cometidos en contra del Dios del altísimo! Y las escrituras aún declararon que estos inicuos, quienes durante sus vidas estaban hundidos en el fango del infierno, ahora por la gracia de Dios están lavados, santificados y justificados. ¿Cómo? “en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.”

¡Algo les pasó! ¿Qué fue? ¡La gracia de Dios! Por su favor inmerecido, Él extendió su mano y los salvó; Él los libró, los transformó, y los convirtió en nuevas criaturas en Cristo Jesús. Dios lo hizo por medio de la obra convencedora del Espíritu Santo, quien envió la luz para brillar en sus almas denunciándolos a ellos como pecadores, merecedores del castigo de Dios. Entonces ellos, por la gracia de Dios, se arrepintieron de sus pecados, los abandonaron y volvieron a Dios, renunciando estos pecados con un aborrecimiento y un deseo de no regresar a ellos. ¡Todo esto se hizo por ellos mediante una gracia gratuita, aunque ellos mismos odiaban a Dios! Ellos no lo querían y no hubieran venido a Él, si Él no los hubiera mirado con la gracia gratuita y no hubiera hecho un medio por el cual que Él, el Justo y Santo, pudiera ser justo en justificarlos en Cristo. Y cuando yo leo este pasaje de la palabra de Dios que muestra la maravillosa gracia de Dios manifestada hacia tales pecadores tan viles, entonces me doy cuenta de que ninguna persona está fuera del alcance de la gracia de Dios.

¡Piénsalo! Antes de que fueran salvos por la gracia de Dios, estas almas preciosas cometían los pecados más viles. Algunos eran inmorales y libertinos; algunos eran adoradores de ídolos (las obras de sus propias manos); algunos eran culpables del adulterio en todas sus formas pervertidas, o de la perversión sexual; y otros robaban lo que podían, viviendo en lujurias y borracheras; y algunos eran chismosos y estafadores de los peores; sin embargo, ellos volvieron a Dios con un arrepentimiento verdadero, encomendando sus malos hechos, su naturaleza pecaminosa y hasta a sí mismo en las manos del glorioso sustituto, quien Dios había provisto para ellos en Cristo Jesús. La palabra de Dios dice claramente que fueron lavados, santificados, y justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios. Y, ¡esto es gracia!

Lo que significa esto es que cuando estos viles pecadores impíos e inmundos, fueron levantados del abismo del pecado, ellos fueron llevados a la presencia del Santo Dios como si nunca hubieran pecado y como si hubiesen sido santos y justos todas sus vidas. Repito, ¡esto es gracia! No sólo es por eso, sino que les fueron dados corazones nuevos mediante los cuales se hicieron partícipes de la santa naturaleza de Dios en Cristo. ¿No es esto gracia?

¡Pero hay más! ¡Estos mismos cuerpos que eran dados a la depravación, ahora fueron hechos el mero templo del Espíritu Santo! ¡Esto es gracia!

¡Pero hay más! Estos viles pecadores despreciables, merecedores del castigo de Dios, fueron traídos a la familia de Dios; se les hizo sentar a la mesa de su gracia y comer en su presencia como sus hijos queridos, y le llaman Padre —a Aquel que habían odiado, maldecido y blasfemado anteriormente, y ¡lo hubieran matado si fuera posible! ¿No es esto gracia?

¡Pero hay más! También les fue dado el vestido perfecto de la justicia de Cristo, el cual había sido tejido en el telar de la cruz, probado en la oscuridad de la tumba y adornado en el resplandor de la resurrección. En este vestido de la perfecta justicia de Cristo, ellos pueden presentarse en la mera presencia de Dios ahora, porque fueron amados por Él con el mismo amor con el cual Él ama a su Hijo unigénito. ¡Esto es gracia!

¡Pero hay más! Ellos fueron hechos herederos de Dios y coherederos con el Señor Jesucristo. Eran ahora reyes y sacerdotes, reinando y gobernando en su reino presente de gracia y diariamente participaban de todo lo que les proveía la mano de Dios. ¡Esto es gracia!

¡Pero hay más! Por medio de esta gracia increíble y maravillosa de Dios, todos sus pecados habían sido perdonados, y nunca más serán recordados en su contra, y ellos tienen el privilegio de lavarse diariamente en la fuente abierta por causa del pecado y la inmundicia, mediante la sangre vertida del Señor Jesucristo al cual encomendaban sus vidas eternas, ¡Esto es gracia!

¡Pero hay más! A estos mismos hombres y mujeres que habían vivido sus vidas en vergüenza y reproche por la maldad del pecado, se les dió, por la gracia de Dios, un título de la salvación eterna con Cristo en los cielos. Se les dió el derecho de entrar en los cielos, a la mera presencia de Dios, para estar con Él con una felicidad y esplendor eternos por todos los siglos venideros, donde moran los espíritus de los justos hechos perfectos (He. 12:23). ¡Y esto es gracia!

¡Pero hay más! A estos mismos viles pecadores quienes fueron lavados, santificados y justificados en Cristo, se les dieron promesas grandes y preciosas, para que mediante éstas, ellos se hicieran partícipes de la naturaleza divina y se escaparan de la corrupción que hay en el mundo por causa de la lascivia (2 P. 1:4). Se les dio la promesa de Hebreos 13:5: “No te desampararé, ni te dejaré”; y Hebreos 4:16: “Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro”; y de 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad”; de Filipenses 4:19: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme á sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”; y de 1 Corintios 10:13: “No os ha tomado tentación, sino humana: mas fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar; antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar.” ¡Todo esto es gracia!

¡Pero hay más! A estos mismos hombres y mujeres quienes hace unos cuantos meses o años nunca habían conocido esta gran gracia, se les dió el gran privilegio de participar en la tarea de compartir el evangelio de la gracia de Dios—ser obreros con Dios en su viña y contar la gran historia de la gracia de Dios que los había lavado, santificado y justificado en el Señor Jesús por medio del Espíritu de Dios. Para mí, ¡esto es gracia, que Dios me permitiera a mí, quien antes rechazaba el mensaje de la redención, proclamar el mensaje más grande de toda la historia!

¡Pero hay más! A estos mismos pecadores, merecedores del castigo de Dios, quienes, por medio de la gracia habían vuelto a Dios con arrepentimiento y a Cristo con fe, se les dió el privilegio mediante la gracia para contemplar con la cara abierta al Señor de gloria y ser transformados a la misma imagen de gloria a gloria, aún por el Espíritu del Señor (2 Co. 3:18). Amado, ¡esto es gracia, el tener este privilegio ahora de ser hecho semejante a Aquel que murió por mí!

¡Pero hay más! A estas mismas almas preciosas redimidas ahora por la gracia de Dios, se les dió la esperanza de una resurrección. A ellos se les dijo, “En un momento, en un abrir de ojo, á la final trompeta; porque será tocada la trompeta, y los muertos serán levantados sin corrupción, y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto co-

rruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vestido de inmortalidad” (1 Co. 15:52-53). ¡Esto es gracia!

¡Pero hay más! No sólo se les dió esta esperanza de la resurrección, sino que al mismo tiempo, a estas almas salvas se les prometió una resurrección física, nuevos cuerpos semejantes como el de su precioso Señor quien los redimió de todos sus pecados: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:20-21 RVR 1960). ¡Esto es gracia!

Y si esto no es bastante, *aún hay una cosa más* que el Dios de toda gracia hizo por estos pecadores, merecedores del infierno, y se encuentra en Romanos 8:38-39. Aquí Él les prometió que por haberlos amado, Él los amaría hasta el fin, y que nada los podría separar de Él: “Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” ¡Qué gracia más maravillosa!

Mi amado amigo, yo he tratado de visualizar lo que la gracia de Dios hace para un pobre pecador quien merece el castigo de Dios, cuando lo saca de la inmundicia del pecado y del infierno, y lo coloca en los lugares celestiales en Cristo Jesús sin tomar en cuenta lo que haya hecho o quien sea este pobre pecador. Para mí, esto es gracia: “para que, de la manera que el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna por Jesucristo Señor nuestro” (Rm. 5:21).

4. La gracia de Dios viene a nosotros en el Señor Jesucristo

¡Qué tema más maravillosa es éste: *la gracia de Dios!* Es un tema que se debe mencionar a menudo; por eso el Nuevo Testamento lo repite vez tras vez. Porque, ¿qué es la gracia, esta gracia de Dios? Es la calidad o atributo de Dios lo que causa que Él sea bondadoso hacia alguien y bendecir a éste quien no lo merece. La gracia es el favor mostrado a la gente que no merece ningún favor, quienes realmente merecen lo contrario. Fue cuando éramos débiles, cuando éramos pecadores y aun cuando éramos enemigos, mereciendo la ira, el odio, el castigo, y la perdición; que Dios envió a su amado Hijo unigénito al mundo para morir por nosotros. Esto, mi amigo, ¡es la gracia!

Ahora por haber mostrado cómo la gracia de Dios nos llega por medio de Cristo, y por haber considerado el poder de la gracia en la liberación y salvación de un pecador perdido, y la gracia de Dios como se ve en las vidas de los creyentes de Corintio, en este cuarto mensaje quisiera mostrarte que *la gracia de Dios nos llega exclusivamente y solo en, y por medio del Señor Jesucristo*. Esta preciosa verdad es el tema de la Biblia, y como me asom-

bra, porque muestra el increíble amor de Dios; un amor tan potente, tan puro, tan sincero, de que el cielo se vaciara y Dios viniera en la Persona de su Hijo para redimir a los pobres pecadores de la inmundicia del pecado y de su ira.

Regocijémonos juntos con alabanzas a nuestro Dios viviente por una salvación tan grande mientras te mostramos esta preciosa verdad en las escrituras. En Romanos 5:15 leemos: “mucho más abundó la gracia de Dios á los muchos, y el don por la gracia de un hombre, Jesucristo.” Y Juan 1:17 declara: “la gracia y la verdad por Jesucristo fué hecha.” En 2 Corintios 8:9 leemos: “Porque ya sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico; para que vosotros con su pobreza fuésteis enriquecidos.” Y en 2 Corintios 5:18-19: “Todo esto es de Dios, el cual nos reconcilió á sí por Cristo...Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo á sí.” ¿Cómo? ¡Por *la gracia de la sustitución!* “Al que [Cristo] no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” [Cristo] (versículo 21). Nuevamente en 1 Corintios 1:4 el hermano Pablo dice a los creyentes en Corintio, “Gracias doy á mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os es dada en Cristo Jesús.” Todas estas escrituras muestran claramente que la gracia de Dios nos llega por medio del Señor Jesucristo, y no hay salvación en ningún otro (Hch. 4:12). Porque le agradó a Dios que en Él —nuestro Señor Jesucristo— mostrara su gracia y misericordia a los pobres pecadores.

Así que como la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo, quien ha traído la salvación mediante el sacrificio de sí mismo (He. 9:26), podemos decir que Cristo es la gracia personificada: “Porque la gracia de Dios que trae salvación á todos los hombres, se manifestó” (Tit. 2:11).

Pero, ¿cómo nos vino esta gracia de Dios por medio de Cristo? Vino mediante su disposición para traer esta gracia a los hombres, habiendo sido un partícipe en el propósito y la voluntad de Dios en los consejos eternos para salvar a los pecadores por su gracia (He. 10:5-7): “Mas me preparaste cuerpo... Entonces dije: [el Señor Jesucristo] He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, Como en el rollo del libro está escrito de mí” (RVR 1960). ¿De cuál rollo está hablando Cristo? El libro de la predestinación, el libro de vida del Cordero, que fue escrito antes de la fundación del mundo.

Además, en Hebreos 2:9-17 vemos como nuestro Señor Jesucristo nos trajo esta gracia a tiempo, porque dice, “Pero vemos a aquel [Jesús]” para que por la gracia de Dios, gustase la muerte por todos. “Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (RVR 1960). “Porque ciertamente no tomó á los ángeles, sino á la simiente de Abraham tomó. Por lo cual debía ser en todo semejante á los hermanos” (2:16-17). Y mientras aquí en la tierra para manifestar la gracia de Dios, Él dijo, “Yo soy el buen pastor: el buen pastor su vida da por las ovejas” (Jn. 10:11). Y otra vez en el versículo 15: “pongo mi vida por las ovejas...por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla á tomar. Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo” (versículos 17-18). Esto comprueba su disposición para llevar a cabo todo lo que estaba escrito de Él en los consejos eternos.

Pero los versículos más grandes en las escrituras que muestran la disposición de nuestro Señor de traer la gracia de Dios al hombre, se encuentra en Filipenses 2:5-8: “Haya,

pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (RVR 1960). Aquí lo vemos todo junto: Él estaba dispuesto, así que vino para mostrar la maravillosa gracia de Dios en hacer un medio por el cual Dios pudiera tener misericordia para con los pobres pecadores.

¿En qué manera nos trajo esta gracia? Primeramente, Él la trajo por haber vivido una vida santa y justa, sin pecado por nosotros, para que por el derramamiento de su sangre preciosa y perfecta, los pecadores pudieran ser lavados de todos sus pecados. Escucha a Hebreos 7:26-27: “Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo” (RVR 1960). Vemos que Él hizo esto, porque estaba sin pecado y por lo tanto su sacrificio por los pecados de su pueblo sería aceptado por el Santo Dios. Segundo, Él nos trajo esta gracia por hacerse lo que somos nosotros, el mismo pecado, por la sustitución por su pueblo. Escucha otra vez a 2 Corintios 5:21: “Al que [Cristo] no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” Y como 1 Pedro 2:24 nos dice: “El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.” Como Isaías 53:6 nos dice: “mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.” Así que vemos que Él de buena gana se hizo lo que somos —pecado— para que mostrara la gracia de Dios en pagar nuestra deuda-pecado por completo.

Tercero, Cristo mostró el medio por el cual la gracia de Dios vino a nosotros por imputarle su justicia a la cuenta de cada pecador que cree en Él. ¿Ves? por haber pagado nuestra deuda-pecado por completo, Él puede justificar a cada pecador arrepentido que cree delante de Dios, el cual el pobre pecador no podía obtener por ninguna otra manera. 1 Corintios 1:30 nos dice que Cristo se hizo justicia por nosotros; y es a base de su justicia imputada que somos justificados delante de Dios, y nos presentamos delante de Él perfectos, santos y justos en sus ojos. Romanos 4:4-8 nos dice: “Empero al que obra, no se le cuenta el salario por merced, sino por deuda. Mas al que no obra, pero cree en aquél que justifica al impío, la fe le es contada por justicia. Como también David dice ser bienaventurado el hombre al cual Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón al cual el Señor no imputó pecado.”

Cuarto, Cristo nos trajo la gracia de Dios por dar su Santo Espíritu para convencer y enseñar (Jn. 16:7-15), llenar (Ef. 5:18), sellar (Ef. 1:13-14) y obrar la santificación (1 Ts. 5:23) y los frutos del Espíritu (Gá. 5:22-23) en cada alma que Él salva por su gracia. Así que en todas estas cosas vemos la gracia de Dios manifestada hacia nosotros en la Persona de su Hijo a quien Él envió como su don de amor para nuestra alma.

Mi amigo, ¡ninguna bendición de Dios llega al hombre sin venir por medio del Señor Jesucristo! No hay salvación aparte de Él. ¿No ves? El pecado había hecho del hombre un rebelde en contra de Dios, su gobierno, y su propio ser de santidad. Por lo tanto, sólo un sacrificio humano, perfecto y sin pecado podía satisfacer el mal cometido en contra de la

persona de Dios, la santidad, la ley, y la perfección divina; la integridad del Ser divino y eterno exigía esto si la gracia iba a derramarse sobre los pobres pecadores. Lo digo con reverencia, ¡pero aún Dios no nos podía perdonar aparte de lo que pasó en Cristo Jesús! ¿Por qué? ¡Porque no hay salvación sin una sustitución! La sustitución es el medio de salvación dado por Dios, por lo tanto la encarnación era esencial para este medio de la gracia. Un cuerpo, espíritu, y alma perfectos y sin pecado eran el sacrificio necesario, porque un Dios santo, perfecto y sin pecado tenía que ser satisfecho, una ley perfecta y santa tenía que ser vindicada, y una justicia perfecta y santa tenía que ser ejecutada. Y esta obra sólo podía hacerse por medio de Dios mismo en la persona de su Hijo, el Señor Jesucristo.

Así que, repito; la gracia de Dios nos llega, exclusivamente y solamente en y por medio del Señor Jesucristo. Si Él no hubiera venido, se podría decir que aunque Él no tuvo por usurpación ser igual a Dios; y aunque se anonadó a sí mismo, hallado a la condición del hombre tomando forma de siervo; si Él no se hubiera humillado más para hacerse obediente hasta la muerte, aún la muerte de la cruz, sometándose pasivamente a llevar los pecados de los hombres y recibir el castigo por ellos, si no hubiera derramado su sangre, y si no hubiera resucitado; yo digo, si Él no hubiera hecho todo esto, no habría ninguna abundancia de la gracia de Dios para con nosotros. Pero porque lo hizo, “mucho más abundó la gracia de Dios á los muchos, y el don por la gracia de un hombre, Jesucristo” (Rm. 5:15). Esta gracia maravillosa nos llega por medio de una Persona, verdaderamente humano, verdaderamente Dios, las dos naturalezas en una persona, el hombre-Dios, Jesucristo (1 Ti. 2:5).

Así que la pregunta clave es: “¿Conoces a Cristo?” y por lo tanto si has experimentado la *gracia de Dios* en tu vida. ¿Conoces tú esta gracia abundante? ¿Te estás regocijando en ella? ¿La estás experimentando? ¿Puedes decir con el cantor-compositor, “Tú oh Cristo, eres todo lo que quiero, todo lo hallo en ti”? ¿Es Cristo todo para ti, o es tu salvación una manera de decir, “Yo creo que mis pecados son perdonados”? ¿Estás recibiendo de su plenitud? ¿Te das cuenta de que Él suple todas tus necesidades? ¿Anhelas tener la gloria de estar con Él para siempre? ¿Estás seguro de la gracia de Dios en tu vida? Oh, ¡qué cada uno de nosotros pudiera cantar de su gracia maravillosa para con nuestras almas y andar en su plenitud todos los días!

5. La gracia de Dios consumado en nuestra glorificación con Cristo

Para concluir esta serie de mensajes sobre *la gracia de Dios*, consideremos la consumación del reino de la gracia: ¿dónde llega a su punto culmínate? Llega a su consumación en *nuestra glorificación con Jesucristo en el cielo*.

La glorificación es el último eslabón en la cadena dorada del propósito de Dios para su pueblo, el cual encontramos en Romanos 8:28-30: “Y sabemos que á los que á Dios aman,

todas las cosas les ayudan á bien, es á saber, á los que conforme al propósito son llamados. Porque á los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes á la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos; y á los que predestinó, a éstos también llamó; y á los que llamó, á éstos también justificó; y á los que justificó, á éstos también glorificó.” Los eslabones que componen esta cadena dorada de la gracia de Dios hacia su pueblo se encuentran en estos pasajes: *su propósito*, el cual era su eterno consejo (Ef. 1:11); *su omnisciencia*, que llevó a esa elección de gracia (Rm. 11:5); *su predestinación*, la cual marcó el camino por el cual la gracia vendría y reinaría sobre su pueblo (Rm. 8:29); *su llamamiento efectivo*, la cual era la voz del su Espíritu, llamando y disponiendo a su pueblo en el día de su poder (Sal. 110:3); *su justificación*, la cual nos fue dada por la fe (Rm. 5:1), basada en la redención que hay en Cristo y su justicia imputada (Rm. 4:5-8); y entonces la última, esta gloriosa verdad de nuestra *glorificación* en Cristo y con Cristo en el cielo en los siglos venideros. En todos estos eslabones de esta cadena dorada, la gracia reina, y reinará por seguro en nuestra *glorificación* mientras reinamos y gobernamos con Cristo en la eternidad. ¡Qué tema más hermosa para nuestras almas!

Entonces, ¿qué significa la glorificación? Y ¿qué quiere decir el apóstol Pablo en Romanos 8:17 cuando él dice que seremos glorificados con Cristo? La glorificación significa la liberación entera y completa del pecado y maldad con todos sus efectos y aspectos en cuanto al cuerpo, alma y espíritu. En otras palabras, en la glorificación, el hombre completo será librado por completo de todos los efectos del pecado —sí, de todos los efectos del pecado que manchan y contaminan. No sólo sucede esto, sino que, seremos semejantes al Señor Jesucristo: perfectos y glorificados. ¿No ves? Porque nuestro bendito Señor ya ha sido glorificado, nosotros seremos glorificados juntamente con Él; y nuestra glorificación (como todas las cosas que nos suceden en la vida cristiana) es el resultado de nuestra unión con Cristo: es el resultado de estar unidos a Él por su gracia maravillosa por la obra del Espíritu Santo en nuestras almas.

Mientras repasamos las escrituras, notamos que a esta glorificación del pueblo de Dios por la gracia, se le llama ser arrebatados al *paraíso* de Dios (2 Co. 12:4), una alusión al huerto de Edén; porque a la diestra de Dios hay deleites eternos (Sal. 16:11). Para significar su grandeza, su magnificencia y su gloria, se le llama *una corona* de gloria en 1 Pedro 5:4 y *un reino* en 2 Timoteo 4:18; y en 1 Pedro 1:3-5 nos dice que es algo incorruptible que no se marchita. Para mostrar que ninguno disfrutará de ello sino por medio de la obediencia del Redentor, se le llama *una corona de justicia* (2 Ti. 4:8); y en Apocalipsis 2:10 se le llama *una corona de vida*.

Como un reino, fue preparado para los creyentes antes de la fundación del mundo (Mt. 25:34), porque es el reino de su Padre, Quien se lo otorga a ellos, de una vez para siempre. Para mostrar su continuidad, se le llama *un reino eterno*; y aquellos que gozan de ello se llaman “reyes y sacerdotes” ¡quienes se sientan en tronos y reinan ya en esta vida! (Ap. 5:10).

Todo esto es en verdad una gran bendición, pero la cosa que me importa más en nuestra glorificación, es que mis ojos verán al Rey en su hermosura (Is. 33:17); ¡contemplaré a mi bendito Señor en toda su gloria y estaré con Él por la eternidad! Este pensamiento precioso es recalado en muchos lugares en las escrituras. Porque, ¿qué sería el cielo sin Cris-

to? Y ¿qué sería el cielo si no pudiéramos contemplar a Aquel, a quien tanto ama nuestra alma y cuya vida es la misma vida de nuestra glorificación?

En el libro de Job, el más antiguo de todos los libros de la Biblia, oímos a Job decir, “Yo sé que mi Redentor vive... al cual yo tengo de ver por mí, y mis ojos lo verán” (Job 19:25, 27). Así que vemos que desde el principio del tiempo, todos los hijos de Dios han esperado con bendita anticipación contemplar la cara de su hermoso Señor. Y el Salmista dió testimonio al mismo anhelo de su alma con estas palabras encontradas en Salmos 17:15 y 16:11: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza... En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (RVR 1960). Así que tampoco él, como todos los hijos de Dios, no estaría satisfecho hasta que contemplara la cara de Cristo, y estar a su diestra donde hay deleites para siempre.

¿Qué de nosotros, tú y yo? ¿Añoramos y esperamos la venida del Señor para que lo veamos y seamos como Él? En 1 Juan 3:2, el bendito apóstol dijo que él y todos los niños de Dios sí lo esperan: “Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes á él, porque le veremos como él es.” Sí, al contemplar al Rey en toda su hermosura y gloria, ¡seremos como Él es!

Ahora, ¿cómo nos afecta a nosotros que lo conocemos este bendito pensamiento? Nos afecta en dos maneras: La primera se encuentra en 1 Juan 3:3: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (RVR 1960). Nos hace desear vivir una vida santa, porque sabemos que sin la santidad nadie verá al Señor (He. 12:14). Segundo, nos da un amor más grande hacia Él, “al cual, no habiendo visto, le amáis; en el cual [es decir, Cristo] creyendo, aunque al presente no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorificado; Obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salud de vuestras almas” (1 P. 1:8-9). Así que no sólo nos hace vivir sobriamente, y justamente como santos en este mundo de maldad; pero nos hallamos diario con una gran expectativa, “aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:13 RVR 1960), porque le amamos, “El cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Fil. 3:21 RVR 1960). ¡Seremos glorificados!

¡Qué esperanza! ¡Qué gozo! ¡Qué bendición es esa de esperar a nuestro Señor de los cielos y vivir para Él con las lámparas llenas de aceite y encendidas! Cuando la fe echa mano de estas verdades tan graciosas, se convierten en realidades para nuestros corazones, para que podamos decir con el apóstol Pablo: “entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor.” En otras palabras, “mas quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (2 Co. 5:6-8 RVR 1960). Por lo tanto dice: “Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia...estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Fil. 1:21-23 RVR 1960).

Mi amigo, ¿has visto al Señor en su hermosura? Repasemos el libro precioso de Apocalipsis y veamos la hermosura de nuestro Rey, y allí yo creo que hallaremos como contemplaremos al Rey en su hermosura como se revela en el Cordero. En el capítulo 5 lo veremos como Aquel ante quien todos los redimidos de todos los siglos se arrodillan y cantan alabanzas a su nombre. ¡Escucha! “Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has re-

dimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (versículos 9-13 RVR 1960). Así que aquí vemos al Rey en su hermosura como el Cordero, Aquel que fue crucificado en nuestro lugar en la cruz y quien resucitó de la tumba, dejando todos nuestros pecados en la tumba, y triunfando sobre todos nuestros enemigos mientras ascendió a los cielos para ser nuestro Gran Sumo Sacerdote dentro del velo.

También vemos su hermosura en sus misericordias hacia su pueblo, como leemos, “el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará á fuentes vivas de aguas: y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos” (Ap. 7:17).

En Apocalipsis 12:11 vemos al Rey en su hermosura mientras triunfa sobre el acusador quien acusaba a su pueblo día y noche: “Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero” (RVR 1960). En Apocalipsis 14:4 vemos algo hermoso: todos los redimidos siguen al Cordero adondequiera que vaya. Y ¿qué están haciendo mientras le siguen? Apocalipsis 15:3 nos dice. Están cantando el cántico de Moisés, el siervo de Dios y el cántico del Cordero, que es el cántico de la redención. Escucha estas palabras: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos.”

Y hasta veremos más a Él en su hermosura en su trono de juicio mientras Él derrama su ira sobre el pecado: “oí una gran voz de gran compañía en el cielo, que decía: Aleluya: Salvación y honra y gloria y potencia al Señor Dios nuestro porque sus juicios son verdaderos y justos” (Ap. 19:1, 2).

Oh, ¡qué momento bendito será aquel, de compartir y contemplar la gloria y la hermosura del Cordero quien es el Rey, el Señor de gloria, el Señor Jesucristo, Dios manifestado en la carne, y seguirle y estar con Él para siempre jamás! ¡Esto es la *glorificación*!

Pero, ¡esto no es todo! Veremos al Rey en su hermosura como el Cordero en las bodas. Escucha a Apocalipsis 19:7, 9: “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque son venidas las bodas del Cordero, y su esposa se ha aparejado... Y él me dice: Escribe: Bienaventurados los que son llamados á la cena del Cordero.” Y mientras nos sirve a la mesa en el celestial, veremos sus manos marcadas por los clavos y ver su cara de amor. Lloraremos con alegría que por su gracia fuimos hechos partícipes de su naturaleza divina y recibimos el privilegio de sentarnos a su mesa, redimidos de todos nuestros pecados y vestidos en su vestido perfecto de la justicia. “Y la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas son pasadas” (Ap. 21:4).

Entonces en Apocalipsis 21 tenemos una representación de la esposa del Cordero — todos sus redimidos, su esposa. Es la representación de una ciudad, la Nueva Jerusalén, bajándose desde Dios en los cielos y preparado como una esposa adornada para su marido. El Cordero, quien es La Luz, está en el templo y su trono está en medio de ellos; ¡y vere-

mos su cara! (Ap. 22:4). Entonces le veremos en toda su hermosura y gloria mientras le servimos y reinamos con Él para siempre jamás.

Para mí, esto será el cielo, el fin y la gloria de todo, ¡sólo ver su rostro en la justicia y seguir al Cordero dondequiera que vaya! ¡Y todo eso comienza aquí, así como lo contemplamos por la fe y le seguimos donde nos guía!



Sublime gracia

*Sublime gracia del Señor
Que un infeliz salvó;
Fui ciego mas hoy veo yo,
Perdido y Él me halló.*

*Su gracia me enseñó a temer,
Mis dudas ahuyentó,
¡Oh cuan precioso fue a mi ser,
Cuando Él me transformó!*

*En los peligros o aflicción
Que yo he tenido aquí;
¡Su gracia siempre me libró
Y me guiará a mi hogar!*

*Y cuando en Sion por siglos mil
Brillando esté cual sol;
Yo cantaré por siempre allí
Su amor que me salvó.*

—Juan Newton